

## 2666 y la ciudad maldita de Roberto Bolaño

---

Manuel VILLAVICENCIO  
Universidad de Cuenca

**RESUMEN:** En la obra *2666* de Roberto Bolaño se aborda y denuncia la crisis de la ciudad latinoamericana contemporánea, que es presa de una serie de pestes patrocinadas por el libre mercado y los procesos de la globalización. “Ciudad maldita”, “ciudad horrible”, “ciudad basura”..., son algunos de los epítetos que circulan al interior de los cinco libros que conforman la novela, bajo el signo del apocalipsis. Desmemoria, impunidad, conspiración y muerte configuran ese espectro hediondo y sucio de las ciudades fronterizas: Santa Teresa.

**PALABRAS CLAVES:** Ciudad latinoamericana - Roberto Bolaño - Santa Teresa - Relato apocalíptico.

**SUMMARY:** The work *2666* of Roberto Bolaño discusses and exposes the crisis of the contemporary Latin-American city. The modern city has been captured by series of plagues sponsored by the free market and the process of globalization. Several descriptions, under the sign of apocalypses, are used in the five books of Bolaño's novel; among them we find the following ones: “Cursed city”, “horrible city”, “garbage city.” Forgetfulness, impunity, conspiracy and death shape the fetid and dirty portrait of the border cities: Santa Teresa.

**KEY WORDS:** Latin-American city - Roberto Bolaño - Santa Teresa - Apocalyptic account.

El infierno es como Ciudad Juárez, que es nuestra maldición y nuestro espejo, el espejo desasegado de nuestras frustraciones y de nuestra infame interpretación de la libertad y de nuestros deseos.

(R. B., *Entre Paréntesis*).

Pensé: la vanidad de la escritura, la vanidad de la destrucción. Pensé: porque escribí, resistí.

(R. B., *Amuleto*).

## Santa Teresa: la ciudad maldita

En 2666,<sup>1</sup> Roberto Bolaño denuncia la emergencia y la crisis de la urbe latinoamericana, donde Santa Teresa se constituye en una ciudad maldita envuelta en el apocalipsis. Este es un caso singular de cómo discursivamente Bolaño inserta su proyecto intelectual y político para ofrecer una alternativa de ciudad, precisamente mostrando la crisis de la cloaca urbana latinoamericana. En otras palabras, solo narrando el infierno puedo producir la necesidad del paraíso. Es decir, esa ciudad que falta.

En esta obra y más exactamente en el libro titulado “La parte de los crímenes”, se despliega un espacio maldito que desencadena el enigma del mal. Bolaño expone los padecimientos de decenas de mujeres, cuyos asesinatos han sido ocultados por el poder político y mediático, en un esfuerzo por invisibilizar aquellos cuerpos que incomodan y avergüenzan a toda la sociedad.

Es el agujero negro que crea un efecto centrípeto al que son atraídos las historias y los seres de toda la obra: los críticos de literatura que buscan a Archiboldi; Amalfitano, el profesor chileno que trabaja en la Universidad de

---

1 Roberto Bolaño. 2666. Barcelona, Anagrama, 2004. Las citas que se incluirán corresponden a esta edición.

Santa Teresa; Oscar Fate, el reportero norteamericano; y, finalmente Archimboldi mismo.

Compuesta por cinco historias intersectantes, el autor nos revela la biografía de dos continentes (Europa y América) que han sufrido los embates de sucesivas pestes a lo largo de su historia, donde se ciernen sólo las perdiciones y/o renunciadas permanentes de los seres que habitan estos espacios, bajo el antifaz del progreso y la racionalidad.

Por esta razón, *2666* es una suerte de diario de viaje que vacila entre la luz y el abismo (la metáfora del hilo de acero del equilibrista); el paraíso y el infierno. Es un río con múltiples afluentes habitados por un conjunto de voces y seres, cuyas existencias oscilan entre el errabundo y la vida literaria, el amor y la oscuridad. Todos se implican y son testigos de la horrorosa realidad en la que viven las mujeres de esta ciudad, presas del pánico cotidiano que les toca vivir en la urbe.

Los personajes son conscientes de que viven una situación límite, y esto deviene en una escritura del límite, pues “el acto escritural es un *riesgo* que desencadena el mundo de los fenómenos, [...] como su respuesta a su dialéctica y la posibilidad de mostrar un caos contrastador y vengativo que mutila” (Sollers, 1978: 159) al texto lingüístico y urbano. Así también se produce una fragmentación en el lector que se mira en el texto, a modo de espejo, en virtud de que habita el orbe descripto por el autor en la obra.

Se puede decir, entonces, que los dos ejes sobre los que gira vertiginosamente este “agujero negro” son la literatura, encarnada en la vida y la obra del escritor alemán Benno von Archimboldi y sus críticos, y la violencia, evidente no solo en los crímenes de la ciudad de Santa Teresa, sino también en la visión apocalíptica (una suerte de analogía infernal) con la Alemania inmediata a la Segunda Gran Guerra, signada por la marca de la bestia. En esta parte, se conjugan el sufrimiento, la muerte, la maldad y las diferentes acciones sodomitas que se despliegan en los dos últimos libros, construyendo una historia de la violencia y de las destrucciones humanas.

Santa Teresa es una *ciudad borde*. Una ciudad que queda en la frontera entre México (y, por extensión, Latinoamérica) y Estados Unidos. Una Babel, cuyos espacios inacabados redundan en la emergencia de lenguajes improvisados de gran carga retórica ambivalente y confusa, propios del caos de la ciudad global que “contenían en sí toda la orfandad del mundo, fragmentos, fragmentos” (265).

De mano de los protagonistas, el lector recorre este mundo hediondo compuesto por seres que, como las malas hierbas, se expanden y multiplican hacia el oeste, hacia la decrepitud de los antiguos edificios del centro de la urbe, donde la prostitución y las borracheras de los fines de semana contrastan

con una ciudad del este, la de los negocios y el mercado; la del aparente “buen vivir”.

Un espacio inmundo, que traga, consume, expulsa, y se ahoga en un proceso de mutación y de dilatación constante. Su fisionomía atemporal e inestable no cesa de metamorfosearse en un antro quimérico, vestido a la vez de una prótesis de alta tecnología, de virus de óxido, de plástico, de inmundicias, y de roedores en terrenos devastados por el cartón, el barro y las láminas de zinc.

El ambiente de “esa horrible ciudad” según la expresión de la profesora inglesa Liz Norton, se vuelve cada vez más amenazador, vertiginoso y angustiante. Los investigadores europeos lo califican al principio de “caótico”, pues la “mediocridad del lugar [...], es una prueba más de la riqueza a menudo atroz del paisaje humano” (152), como si el cuadro espacial pudiera ser percibido solamente en su liquidación, en su auto exterminio.

Numerosos indicios hostiles aparentados con la fauna belicosa y avara, o fétida como los alimentos podridos, se revelan como huellas evocadoras del femicidio. Las manifestaciones de la vida animal dentro y fuera de la ciudad tienen una textura nociva que se cristaliza en las visitas furtivas de los zopilotes, “buitres pequeños y carroñeros” (172) que vigilan y asechan las extensiones solitarias a las fronteras de Santa Teresa.

Este ambiente antropofágico se refleja también en el cielo, el mismo que al finalizar la tarde se parece a “una flor carnívora” que consume y devora. El cielo se transforma en el fúnebre eco de la monstruosa obscenidad de los muertos, de las muchachas, de los lugares. Una suerte de antecámara de la muerte, que no propone ninguna salida posible, si no es la apocalíptica caída.

De la misma forma, la descripción demoníaca de Santa Teresa nace de la propia visión del profesor chileno exiliado. Amalfitano asocia la ciudad al viento omnipresente, un viento que desciende, casto, de las montañas, pero que penetra en el corazón urbano viciado por la corriente de los vientos opuestos. Su carácter devastador y virulento se materializa a través de sus efectos saqueadores sobre el hogar del personaje.

Un viento de mal augurio que parece llevar la génesis de la maldición, un viento que arrastra todo sobre su camino, y que azota y se inmiscuye en todas partes. Incluso hasta los rincones más personales:

A esa misma hora la policía de Santa Teresa encontró el cadáver de otra adolescente, semienterrada en un lore baldío de un arrabal de la ciudad, y un viento fuerte, que venía del oeste, se fue a estrellar contra la falda de las montañas del este, levantando polvo y hojas de periódico y cartones tirados en la calle a su paso por Santa Teresa y moviendo la ropa que Rosa había colgado en el jardín trasero, como si el viento, ese viento joven enérgico y de tan corta vida, se probara las camisas y pantalones de Amalfitano y se metiera dentro de las bragas de su hija. (260)

Los flujos irresistibles de aire se apropian de la ropa, cuerpos metamorfoseados de la familia de Amalfitano, sobre los cuales se ejerce una especie de violación de la intimidad de su hija Rosa. Una alegoría de los inagotables abusos sexuales perpetuados contra las mujeres.

El jardín de Amalfitano, devastado por el viento, ignora los colores cálidos de la primavera y solamente conoce el marrón/tinta clandestina/sangre petrificada, "como si el desierto se hubiera instalado alrededor de su nueva casa" (241). La miseria, la vacuidad, los residuos, los olores a hierro y sangre son los términos recurrentes en el léxico de este personaje para pintar la ciudad. En su vacío existencial, corroborado por su vacío ambiental, se manifiesta la ausencia de un refugio protector en una ciudad-desoladora que él cualifica de "ciudad levantada en medio de la nada" (243), de "ciudad infectada":

Amalfitano encendió la luz y revisó la cerradura de la ventana. Rosa se despertó, le preguntó qué le pasaba. No qué pasaba, sino qué le pasaba. Debo de tener una cara horrible, pensó Amalfitano. Se sentó en una silla y le dijo que estaba demasiado nervioso, que había creído oír ruidos, que estaba arrepentido de haberla traído a esta ciudad infectada (258).

Amalfitano vive una completa soledad en un universo que lo desalienta, lo asusta, lo asfixia; porque él ve y escucha fantasmas en un territorio baldío, donde lo imposible se hace posible y donde los destinos de los seres humanos están signados por la mano del hombre y las formas de corrupción de la sociedad en la que habita.

Algo similar ocurre en la sección intitulada "La parte de Fate": el trayecto en automóvil que realiza el periodista afro-americano Quincy Williams se transforma en un itinerario macabro que prelude la inmersión del reportero de Nueva York en la funesta realidad de la ciudad.

Una errancia (*flâneur* benjaminiano) practicada por el protagonista de esta novela, que le permite aprehender cada una de las miserias del cuerpo urbano fronterizo. Mira desfilan paisajes de noches fantasmagóricas guarnecidas de siluetas asaltadoras, de pueblos insondables, de atmósferas mórbidas "como si los habitantes hubieran muerto esa misma noche y en el aire todavía quedara un hálito de sangre" (242).

Frecuenta espacios urbanos nocturnos: moteles de suburbios, hoteles del centro, barrios periféricos y laberintos no asfaltados y sin luces eléctricas, kioscos de comida ("El Rey del Taco"), residencias privadas de fachada convencional y con los interiores lujuriosos (la casa de Charly Cruz), donde se produce la consumación desenfrenada y el contrabando de droga, sexo y películas pornográficas.

Esta actitud errante del personaje (pienso también en la errancia de los críticos en sus diversos viajes por el mundo, tras la pista de Archimboldi),

puede leerse como un “élan” de búsqueda personal y espiritual provocado por las desigualdades sociales. Porque en el nomadismo todo es tremendamente trivial, pero esconde una importante dosis de aventura, que puede ser deseada, asumida o soportada, aunque el problema no radique ahí. Puede comprenderse, entonces, como una modalidad contemporánea de ese deseo del “otro lugar” que se apodera regularmente de las masas y de los individuos (Maffesoli, 2004: 29).

Santa Teresa se constituye en un “paisaje de cadáveres”. Esta caracterización que viene dada desde el narrador, sirve como preámbulo para sumergirnos definitivamente en la más horrenda atmósfera de la sociedad contemporánea (infra realismo) sumida en la miseria total.

El ambiente urbano se constituye en una verdadera pesadilla. La ciudad ha sido herida de muerte por el puñal de la sociedad latinoamericana actual, quebrada bajo las absurdas directrices de un libre mercado y globalización inconsistentes e inconsecuentes. Porque los procesos de modernización en Latinoamérica requieren de instancias de relajación y meditación para ser incorporadas en el imaginario social, y no ser producto de imposiciones verticalistas y excluyentes, que provocan en estas urbes del miedo y la violencia.

### Santa Teresa y la ciudad “que falta”

La narrativa de Roberto Bolaño es una narrativa de la violencia, demoleadora de la misma idea de progreso, señalando el proceso destructivo y marginalizador de estas sociedades con amplias desigualdades políticas, sociales, económicas y culturales. En este sentido, el poder, el Estado, no sólo ha ejercido en la historia el monopolio de la violencia, sino que siempre ha intentado monopolizar también la memoria. Por esta razón, los relatos de este autor desafían al olvido y al silencio. Y la forma de resistir es precisamente a través de una escritura que, en definitiva, se transforma en el protagonista de la novela.

Ella es, a la vez, detective, criminal, espía, testigo, portavoz de la conciencia, de la creación. Los diferentes tipos de discursos empleados en los cinco libros nos muestran una sociedad escrituraria (civilizada) que vive los horrores y maldades de una sociedad envuelta en el caos y la destrucción.

Y la escritura, por una parte, tiene esa misión maldita de ser cómplice del aniquilamiento final y ruina de los seres asesinados en Santa Teresa, a través de los partes policiales, los informes forenses, las noticias en los diarios..., mostrando su actitud displicente, permisiva y cómplice frente a los hechos macabros que ocurren en Santa Teresa.

En este sentido, la escritura de los males de la sociedad deviene en una escritura del reconocimiento, de la sinceridad, de la *ovredad*. Porque allí se describen seres de diferente procedencia que conforman nuestro paisaje social, y que tienen (como nosotros) una legítima aspiración de visibilidad y existencia, frente a las escrituras de la impunidad y del silencio.

Es cierto que el mundo ha cambiado, pero más cierto es que la escritura para Bolaño se constituye en eje articulador que nos permite entender que los seres también hemos cambiado y necesitamos de un hábitat en el que podamos desenvolvemos a plenitud. La escritura, en este sentido, no sólo pone el dedo en la llaga, sino que punza brutalmente la herida para que de ella brote sangre y pus, para causar angustia y dolor.

Si pensamos que la maldad se mueve en los laberintos de lo oculto, de lo no-visto, podemos entender la fabulación de una no-ciudad en la que solo habitan la muerte y las desgracias de los seres marginales, para visibilizarlos en su existencia-presencia. Un derecho adquirido por el “sencillo hecho” de ser seres humanos.

Así mira el narrador el valor de la escritura de ficción, la importancia de la memoria y la restitución en el paisaje social de los seres silenciados en tiempos de crisis:

Estas ideas o estas sensaciones o estos desvaríos, por otra parte, tenían su lado satisfactorio. Convertía el dolor de los *otros* en la memoria de *uno*. Convertía el dolor, que es largo y natural y que siempre vence, en memoria particular, que es humana y breve y que siempre se escabulle. Convertía en un relato bárbaro de injusticias y abusos, un ulular incoherente sin principio ni fin, en una historia bien estructurada en donde siempre cabía la posibilidad de suicidarse. Convertía la fuga en libertad, incluso si la libertad sólo servía para seguir huyendo. Convertía el caos en orden, aunque fuera al precio de lo que comúnmente se llama cordura (244).

El pasaje anterior corresponde a la reflexión que hace Amalfitano en torno al valor de la escritura, y en particular sobre las obras de Dieste y Duchamp. El personaje de Amalfitano es un ser atravesado por la soledad, los fantasmas del terror y el arrepentimiento por haberse mudado a Santa Teresa, la ciudad infectada.

Ahora bien, ¿cómo este personaje llena esta soledad, este desierto existencial en el que habita? ¿Cómo arremete frente a este espacio maligno inundado por plagas inmorales y protervas? Amalfitano engancha a una cuerda del tendadero un libro de geometría del poeta gallego Rafael Dieste, “para ver si aprende cuatro cosas de la vida real” (251).

Una idea desatada, que sin embargo actúa como un parpadeo textual, donde se detenta la poética del infrarrealismo, que es en definitiva la onda discursiva sobre la cual se asienta la narrativa bolañiana. “En esta ciudad están

pasando cosas mucho más terribles que colgar un libro de un cordel” (251-2), dice Amalfitano más tarde, mostrando su concepción sobre la escritura y la importancia de la memoria, pues “un poder totalitario se asienta sobre la usurpación de la memoria, sobre el monopolio de la memoria, y cuando empieza a debilitarse ese monopolio, se debilita el estado” (Vázquez Montalbán, 1998: 47).

Por esta razón, el protagonista convoca y hace suyas una serie de referencias literarias, artísticas e históricas, que constituyen su patrimonio letrado, porque en los libros se hallan todos los misterios que tienen los hombres de todos los mundos. Es que —pienso en el desdoblamiento de Amalfitano— el mundo entero no recuerda las pestes, los sufrimientos, las violencias, las atrocidades padecidas, que intenta reproducirlas insistentemente. Hipérbole de la degeneración y autodestrucción humanas.

Esta actitud de Amalfitano puede leerse como una postura poética y política frente al mundo sofocante y letal en una ciudad fronteriza del norte de México. Santa María podría ser todos los lugares del mundo, con sus progresos y sus crisis. Una escritura que seca y que se desmenuza frente a las intemperies, que se sabe vencida pero que resiste:

La literatura sí tiene futuro, la literatura y la historia, había dicho Augusto Guerra, fíjese si no en las biografías y hoy todo el mundo no hace sino leer biografías. Ojo: he dicho biografías y no autobiografías. La gente tiene sed de conocer otras vidas de sus contemporáneos famosos, los que han alcanzado el éxito y la fama o los que han estado a punto de alcanzarla (256-7).

En esta actitud de recuperar la memoria a través de la historia, Bolaño establece una analogía entre los crímenes de Santa Teresa con las muertes de la barbarie nazi. En otras palabras, la erradicación del concepto del *ser* humano no es más que la réplica de las descripciones de los campos de exterminación.

En la última parte de la novela, “La parte de Archimboldi”, Roberto Bolaño descentraliza la realidad de un espacio hacia *otro* (Europa, bajo el dominio nazi), a fin de uniformizar su tema. Propone una ruptura (o quizás una relectura) del término “civilización”, más allá de las fronteras geográficas, políticas e idiomáticas.

Ramificaciones espacio-temporales que le permiten articular un diálogo histórico, donde la soledad y la exclusión se desplazan hacia escenas colectivas, públicas, internacionales y presentes. Introduce en el espacio de la creación literaria, la noción que Michel Foucault llamó “las memorias locales”, que se rebelan contra la pérdida de la memoria particular, contra el enraizamiento de la impunidad, y que obran a favor del “reconocimiento de la víctima”: los seres humanos.



Esta relación entre Ciudad Juárez y el genocidio de la Segunda Guerra Mundial es pertinente si pensamos que al fin de cuentas en ambos espacios se llevaron a cabo las mayores atrocidades que el hombre pudo haber experimentado. En los dos se produjo un mismo objetivo: la pulverización de la carne de los seres invisibles o “menores”, a los que sólo les es dado tener una muerte humillante.

Sin embargo, a pesar del infierno que narra, Roberto Bolaño rinde el duelo y la muerte de las víctimas del femicidio a la cultura. Puede que la literatura no lleve a ninguna parte, puede que no pueda decirlo todo, pero tiene la posibilidad de decir y/o de encontrar algo. Bolaño exorciza la memoria de todas las historias anónimas, recordando así la amnesia de las instituciones políticas y judiciales de México frente a estas masacres:

En todo ejercicio cultural hay una continuada propuesta y tensión entre memoria y deseo. La memoria es esa novela que todos nos contamos a nosotros mismos con ayuda de los demás y que la mayoría no pone por escrito, aunque muchas veces se proclame [...] Allí está sepultado lo que creemos saber sobre nosotros mismos y los demás. Memoria personal y memoria colectiva. Recuperación de la memoria y forcejeo con la realidad falsificada [...] Cuando esos poetas o novelistas de la experiencia, aparte de sancionar la realidad y recuperar la memoria, hacen una propuesta de futuro en el territorio del deseo, tienen que moverse en el lenguaje de la elipsis, porque llegó un momento en que el régimen toleraba una cierta recuperación de la memoria, una cierta recuperación de la realidad, pero jamás toleraría la propuesta concreta de un proyecto de ciudad libre (Vázquez Montalbán, 1998:77).

Santa Teresa es una ciudad límite entre la realidad y la ficción. Entre *literatura y vida*. Es el espacio tomado, invadido por la conspiración, la impunidad de los estamentos de poder, de la corrupción y del imperio del dinero, que es en última instancia el modelador y conformador de identidades virtuales y pasajeras; en donde se extiende el horizonte de una realidad programada en la cual todas las demás funciones (memoria, emociones, sexualidad, inteligencia), se vuelven progresivamente inútiles y sin futuro.

Bolaño trabaja con el género negro para denunciar los desequilibrios sociales, enjuiciando la ineficacia y la corrupción de las instituciones: no sólo de la policía local, en un principio, sino que también del gobierno de la capital, que resulta estar imbricado en esta serie de hechos sangrientos. La relación entre violencia institucionalizada y ciudad es, en el caso de Ciudad Juárez, directa y evidente.

De todas maneras, frente al desencanto de la ciudad actual, el lenguaje la busca, la imagina, la ficcionaliza. Se hace discurso. Es decir, la ciudad “que falta” se encuentra en el lenguaje, en el relato, en los personajes, en sus vidas y en sus cosas. La nueva urbe está en la literatura, que la inventa y la desea, pues sin duda “el hombre ha imaginado una ciudad perdida en la memoria y la ha

repetido tal como la recuerda. Lo real no es el objeto de la representación sino el espacio donde el mundo fantástico tiene lugar” (Piglia, 2005: 12).

## Bibliografía

BENJAMIN, Walter

1998 *Iluminaciones II*. Madrid, Grupo Santillana Ediciones.

BOLAÑO, Roberto

2004 2666. Barcelona, Anagrama.

2004 *Entre paréntesis*. Barcelona, Anagrama.

1999 *Amuleto*. Barcelona, Anagrama.

BORDIEU, Pierre

2003 *Capital cultural, escuela y espacio social*. Buenos Aires, Siglo XXI.

DE CERTEAU, Michel

1996 *La invención de lo cotidiano*. México, D.F., Talleres de Producción Gráfica y Comunicaciones S.A.

MAFFESOLI, Michel

2004 *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*. México D.F., Fondo de Cultura Económica.

MARTÍN BARBERO, Jesús

2003 *De los medios a las mediaciones*. Bogotá, Editorial Nomos S.A.

PIGLIA, Ricardo

2005 *El último lector*. Barcelona, Anagrama.

VÁSQUEZ MONTALBÁN, Manuel

1998 *La literatura en la construcción de la ciudad democrática*. Barcelona, Grijalbo.